

THE HORUS HERESY®

# CUENTOS DE LA HEREJÍA

*Edición de Nick Kyme  
y Lindsey Priestley*



timunmas

THE HORUS HERESY™

CUENTOS  
DE LA HEREJÍA

Edición de Nick Kyme  
y Lindsey Priestley

timun**mas**

Título original: *Tales of Heresy*  
Traducción: Juan Pascual Martínez

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

*Tales of Heresy, Cuentos de la Herejía*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2009 por Black Library Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

© Games Workshop Limited 2009

© De la traducción Games Workshop Limited. 2009. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2009, 2016  
© Editorial Planeta, S. A., 2016  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0318-3  
Preimpresión: gama, sl  
Depósito legal: B. 2.259-2016  
Impreso en España por Romanyà Valls, S.A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

## ÍNDICE

Juegos de sangre .....	9
<i>Dan Abnett</i>	
Lobos a las puertas. ....	49
<i>Mike Lee</i>	
Peones de la Tormenta .....	123
<i>Anthony Reynolds</i>	
La voz .....	161
<i>James Swallow</i>	
La llamada de Lion .....	209
<i>Gav Thorpe</i>	
La última Iglesia .....	245
<i>Graham McNeill</i>	
Después de Desh'ea. ....	283
<i>Matthew Farrer</i>	

*Quis custodiet ipsos custodes?*

Llevaba dando vueltas diez meses. Diez meses y dieciocho identidades, la mayoría tan reales que habían engañado a la verificación biométrica unificada. Había creado tres rastros falsos para hacerles perder la pista. Uno llevaba hasta los feudos eslovacos, otro llevaba a Kaspia y los Territorios Septentrionales, y el último era una ruta serpenteante que atravesaba el Tirol y bajaba hasta los Santuarios Dolomíticos que se alzaban cerca del Pozo de Venecia. Había pasado el invierno en la colmena Boocuresti y había cruzado la cuenca del mar Negro en un aerodeslizador de carga durante la primera semana del reflujo de hielo. En Bilhorod había dado media vuelta para despistar a un posible perseguidor y había pasado tres semanas escondido en una manufactoría abandonada de Mesopotamia mientras preparaba su siguiente movimiento.

Diez meses. Quizá demasiado tiempo para un juego de sangre, pero estaba jugando la partida con mucho cuidado. Se había esforzado por sincronizar sus movimientos con las corrientes globales del planeta. Había seguido las rutas comerciales, el tráfico interprovincial y las migraciones estacionales de trabajadores. Estaba seguro al ciento por ciento de que no lo tenían fijado con un seguimiento desde órbita, y estaba bastante seguro de que ni siquiera tenían una aproximación de su localización exacta. No lo había seguido nadie desde Bilhorod.

Recorrió la campiña de Baluchistán, casi siempre a pie, aunque a veces consiguió que lo llevaran un trecho en algún vehículo de transporte, y

cruzó la frontera del Territorio Imperial trescientos tres días después de haber salido.

La cima del mundo había cambiado en esos diez meses. Todo un pico había desaparecido del horizonte cegador. Era un hueco que contrastaba con sus recuerdos, y que lo incomodó como si le faltara un diente. El aire enrarecido por la altitud olía a brea, a aleaciones metálicas y a piedra pulida. Los ingenieros guerreros del primarca Dorn llevaban a cabo sus hazañas poliercéticas y estaban blindando las montañas más altas y robustas de toda Terra.

Ese olor a brea, a aleaciones metálicas y a piedra pulida era el olor de la guerra que se avecinaba. Sus notas fragmentadas resonaban en el aire brillante del viejo Himalazia.

El escenario era tan blanco que le abrasaba los ojos. Se alegró de llevar puestas las gafas antibrillo. El aire era transparente como el cristal y la temperatura de unos cuantos grados bajo cero. El sol relucía como un soplete de fusión en mitad del cielo azul. Las perfectas capas de nieve cubrían los picos y las laderas, con un color blanco doloroso, con un vacío lacerante.

Había pensado que el sur era su mejor opción, Kath Mandau y el gigantesco Recinto central, pero al acercarse un poco más se dio cuenta de lo mucho que habían cambiado las cosas. La seguridad, que como mínimo siempre había sido rigurosa, se había vuelto tan estricta como el cilicio de un penitente. La guerra inminente había triplicado los guardias en las puertas, cuadruplicado los bastiones armados y las cúpulas de armas automatizadas y multiplicado por cien los sensores biométricos.

Unos destacamentos enormes de trabajadores inmigrantes, que servían a las órdenes de los Gremios Constructores, se habían reunido ante las puertas de palacio. Sus campamentos, sus talleres, sus propios cuerpos, manchaban la nieve de las zonas altas con salpicaduras verdes, negras y rojas, igual que si fueran brotes de algas que crecieran en su superficie.

«La seguridad es más estricta, pero tienen un millón más de rostros que vigilar.»

Estudió con detenimiento las hordas de trabajadores durante seis días, y dejó a un lado sus planes de dirigirse hacia el sur. En vez de eso, se encaminó hacia el norte, a través de las praderas, y siguió las sendas sin perder de vista a las cuadrillas de operarios. De los valles y pasos nevados de Kunlun bajaba una serie de flujos constantes: columnas de trabajadores

de reemplazo, caravanas cargadas de suministros y de materiales de construcción procedentes de las minas de Xizang. Las columnas se asemejaban a ríos de agua de deshielo oscura, o a glaciares negros y veloces. En los puntos donde esos flujos se topaban con los ejércitos de trabajadores surgían ciudades temporales bajo la sombra de las murallas gigantescas. Eran pueblos de habitiencias y metrópolis de lona donde se alojaban los trabajadores emigrantes y ponían a resguardo a sus manadas de animales y a sus servidores, donde además buscaban cubrir sus necesidades de alimento, agua y medicinas. Los materiales sin descargar: madera, arrabio, acero sin purificar, minerales y gravilla, se acumulaban alrededor de aquellos campamentos urbanos como pilas de escoria. Las torres y las grúas de carga alzaban los contenedores repletos de material por encima de las murallas. Las sirenas aullaban, y el eco de sus aullidos resonaba por todos los valles elevados de alrededor.

A veces se limitaba a quedarse sentado para contemplar el palacio, como si fuera la creación más maravillosa de todo el universo. Probablemente no lo era. Sin duda, existían logros arquitectónicos antiguos y alienígenas en planetas lejanos y olvidados que lo empequeñecían o que lo eclipsaban por su tamaño gigantesco o por el alcance de lo logrado. Pero lo importante no era la arquitectura, lo importante era la idea que había dado origen al palacio, lo que lo convertía en una creación maravillosa. Era ese concepto interior, la noción que lo hacía realidad.

El palacio era inmenso y hermoso. Era la cordillera de mayor tamaño de Terra convertida en una residencia y en una capital, y en esos momentos, finalmente, en una fortaleza.

La cima que faltaba en el Himalazia. Sonrió al darse cuenta de lo tremendo de la hazaña. Los proyectos de la humanidad no eran, en absoluto, modestos en aquellos tiempos.

Se vistió con unas grebas sucias cubriéndole las piernas y con unos harapos para el resto del cuerpo y pasó tres días trabajando con los ogros modificados genéticamente de Nei Monggol. Tenían el sobrenombre de «migou», y se dedicaban a cruzar los pasos arriba y abajo cargados con hojas de zurlita y alforjas llenas de nefrita y guijarros egipcios. También se dedicaban a construir terraplenes y trincheras enormes con unas palas de hojas imponentes fabricadas con los omóplatos de groxes gigantes y a clavar en grupo y de forma rítmica las estacas de hierro sobre la que luego se colocarían los rollos de alambre de espino.

Por la noche, en los campamentos de trabajo, los ogros cargaban sus cuerpos de músculos sobredesarrollados con qash, una resina subproducto del veneno de un nematodo del Yermo de Gobi. La sustancia provocaba que se les hinchasen las venas y los ojos se les pusieran en blanco. También les hacía hablar en lenguas extrañas.

Observó con detenimiento los efectos que producía y calculó las dosis y el tiempo que duraban aquellos efectos.

Los ogros estaban dispuestos a trabajar con él, pero se comportaban de un modo suspicaz. Se esforzó por no ser más que otro trabajador caucásico, ansioso por ganarse un sueldo e incluso un sobresueldo a expensas de los Gremios Constructores. Tenía todos los papeles en regla. Sin embargo, cuando intentó comprar qash, se volvieron hostiles, ya que temieron que fuese un latígeno al que hubieran enviado a los campamentos para hacer respetar las normas a los trabajadores.

Intentaron matarlo.

Tres migou fingieron estar dispuestos a venderle qash y se apartaron del campamento principal hasta llevarlo a una explanada rocosa donde los grupos de porteadores habían depositado pilas de ópalos de fuego y de menilita. Uno de ellos desenvolvió un trapo para mostrarle varias rodajas de resina. Otro intentó apuñalarle en el hígado con una daga.

Suspiró. Aquello era una complicación.

Agarró al migou por la muñeca, le dobló el brazo y se lo giró en dirección contraria a la altura del codo. La articulación se partió por la tensión y el brazo quedó completamente inerte, hasta el punto de que pudo quitarle la daga de los dedos lacios sin problema alguno. El migou no gritó de dolor. Simplemente parpadeó por la sorpresa.

Los tres eran criaturas colosales, con unos músculos enormes y antinaturales. A ninguno de ellos se le había ocurrido que aquel caucásico, aunque muy grande y bien proporcionado, pudiera representarles un problema.

Uno de ellos le lanzó un puñetazo con una fuerza enorme pero con desgana, como si se sintiera ofendido de que se vieran obligados a esforzarse por solucionar aquello. Con aquel golpe pretendía rematar el asunto derribando al caucásico con la mandíbula hecha pedazos y la cabeza colgando inerte de la columna vertebral.

Sin embargo, el golpe no impactó en ninguna parte del cuerpo del caucásico. En vez de eso, el puño dio de lleno contra la daga, que éste había girado de repente para hacer frente al ataque. El tajo le separó el músculo de los huesos. Aquello sí que produjo un grito de dolor. El ogro aulló e intentó pegar la carne de nuevo al hueso, pero el caucásico lo hizo



callar al clavarle la hoja de la daga en la gruesa frente. El arma atravesó el hueso igual que lo hubiera hecho la piqueta de un minero.

El ogro se desplomó hacia atrás, y la empuñadura de la daga quedó sobresaliendo por encima de los ojos, como si fuera una diadema de extraño diseño.

El tercer migou lo agarró por detrás con un abrazo de oso. El ogro del brazo roto se dispuso a lanzarle un zarpazo a la cara. Todo aquello era muy tedioso. Se libró del agarrón con un movimiento de hombros, giró sobre sí mismo y le clavó la palma de la mano derecha en el pecho. El esternón se partió, y cuando el caucásico sacó la mano, dio la impresión de que llevaba puesto un guante rojo. La mayor parte del corazón del migou se encontraba en el interior de su puño.

El ogro del brazo roto, el único que quedaba del trío, murmuró algo atemorizado y echó a correr por la explanada de roca.

No sentía una inquina especial contra el ogro herido, pero no podía permitir que huyera. Se agachó, escogió un trozo pequeño de ópalo con los dedos ensangrentados y lo lanzó con un veloz giro de muñeca.

El impacto del trozo de mineral provocó un chasquido cuando éste perforó la parte posterior de la cabeza del ogro como una bala. Se desplomó con fuerza contra el suelo y su pesado cadáver se deslizó boca abajo sobre el costado de una pila de cascotes.

Lanzó los tres cuerpos por una sima sin fondo visible, se lavó las manos en la nieve y se llevó toda la resina de qash.

La aglomeración de trabajadores en las afueras del palacio había llevado consigo, como siempre hacía cualquier masa de humanos, toda una invasión de piojos, de alimañas y de carroñeros. Los lobos radiactivos seguían a los trabajadores por la planicie y se congregaban de noche, cuando sus ojos rojos brillaban en la oscuridad al reflejar la luz de las hogueras de los campamentos. Cientos de mastines de combate patrullaban el perímetro de los asentamientos durante la noche, o vigilaban desde los riscos que se alzaban delante de las murallas del palacio. La tranquilidad de la noche se veía interrumpida de forma habitual por las repentinas tormentas de ladridos y aullidos, por los gruñidos y los gañidos de los animales destrozándose mutuamente que se oían cada vez que los mastines ahuyentaban a los lobos que se habían acercado demasiado.

Era difícil determinar en aquella oscuridad qué sombras eran lobos y cuáles mastines.

Había pasado por pruebas físicas de un modo habitual a lo largo de su vida, y había memorizado todos los resultados hasta el detalle más minucioso para poder calcular sus propias limitaciones.

Cortó las rodajas de resina de qash en porciones pequeñas y las pesó con una balanza que le había pedido prestada a un cortador de gemas.

El refuerzo de la puerta Annapurna estaba a medio terminar. La boca de aquella puerta gigantesca se veía abarrotada todos los días con miles de trabajadores, y las enormes grúas de carga elevaban contenedores llenos de placas de ceramita, vigas y rococemento reforzado por encima del arco ciclópeo. Para los guardias hubiera sido una tarea imposible verificar la identidad de cada trabajador que entraba y salía, ya que eso hubiera provocado que los grupos de operarios se agolparan y el ritmo de trabajo se ralentizara. En vez de eso, toda la zona de la puerta quedaba cubierta por un campo lector biométrico proyectado por unos paneles que giraban lentamente en los aleros del arco primario.

Cuando llegó el amanecer, se metió bajo la lona que cubría una de las cargas que las grúas debían pasar al otro lado esa misma mañana. Se metió entre las placas de acero y las vigas de teca y esperó.

Había preparado una dosis de cuatro gramos de qash, una sobredosis para cualquier migou. Su eficacia era tal que estaría inconsciente menos de un minuto después de tomarla.

Esperó dos horas hasta que sintió los tirones de los operarios encargados de sujetar las cadenas de la grúa al contenedor. Luego oyó el chirrido de los cables de la grúa al tensarse y, un momento después, notó el bamboleo del contenedor al separarse del suelo.

Se tragó el qash.

Había observado que el mecanismo de la grúa tardaba cuarenta y tres segundos en alzar la carga hasta la altura necesaria para sobrepasar el arco de la puerta, y otros sesenta y seis en cruzarla hasta el otro lado. Veinticuatro segundos después del comienzo de ese periodo de cruce, la carga entraba en el campo del lector biométrico.

El qash actuó como debía. Estaba rígido y muerto doce segundos antes de entrar en el campo. El lector no captó más que una carga de materiales inertes.

Se despertó. El contenedor ya estaba en el suelo y habían retirado parte de las lonas que cubrían la carga para que los operarios y los trabajadores comenzasen a descargar las placas de acero.

Le dolía todo el cuerpo. Tenía agujetas en casi todos los músculos. Se

concentró y realizó unos cuantos ejercicios depurativos para eliminar los últimos restos del estado de rigor somático en el que lo había inducido el qash. La dosis hubiera sido letal para cualquier humano normal, y casi mortífera para alguien como él. Le había provocado un breve estado semejante a la muerte que le había permitido pasar inadvertido a través de las alarmas biométricas del palacio.

Se bajó del contenedor sintiéndose atontado y dolorido. En la parte superior de las murallas estaban construyendo enormes casamatas artilleras y plataformas de combate blindadas, a la vez que fijaban unas gruesas placas de blindaje de adamantium a las propias paredes de las murallas. Los trabajadores se afanaban por doquier sobre los andamios o las pasarelas que los unían. Algunos colgaban sobre la superficie de la muralla como montañeros en mitad de una escalada. En el aire resonaba sin cesar el ruido de los martillos y de las cizallas. Las herramientas de energía zumbaban. Los sopletes de fusión siseaban y parpadeaban con una luz azul ártica.

Los ojos se le llenaron de destellos al mirar directamente a los cortadores de fusión. Sintió el sabor de la sangre en el fondo de la garganta. Cogió del suelo una caja de remaches y un martillo y se entremezcló con la masa de trabajadores.

Penetró en los niveles exteriores del palacio. Aquello le costó otros tres días. Dejó de ser un trabajador gremial para convertirse en una sombra. Después fue un lacayo dedicado a pulir las partes metálicas del lugar, luego un portero, vestido con una librea que había tomado prestada de una lavandería, aunque tuvo que activar un campo de desplazamiento que llevaba escondido para disimular su altura y su corpulencia.

Recorrió pasillos con las paredes cubiertas de adornos de ágata y de diásporo, y bajó por escaleras construidas con grandes placas de ónice. Contempló su reflejo en los suelos de mármol pulido y cómo lo perseguía su propia sombra a lo largo de paredes talladas en cuarzo y sardónice. Esperó en la penumbra de soportales gigantescos mientras por delante pasaban destacamentos de combate a paso de marcha. Se tuvo que mantener de pie junto a puertas mientras unas filas interminables de servidores llevaban bandejas de carne cruda y verduras hidropónicas recién cosechadas en dirección a las mesas de honor.

Paseó de nuevo a ser un lacayo, luego un limpiador de alfombras, un ordenanza, y después un mensajero con una valija llena de papeles en blanco. Siguió encorvándose para disimular su estatura y su corpulencia.

Cada cierto tiempo se detenía para orientarse de nuevo. El palacio tenía un tamaño superior a muchas ciudades. Se tardaba toda una vida en aprender sus diferentes niveles y sus caminos. Bajó la mirada desde el pasamanos de uno de los balcones más elevados y vio desfiladeros artificiales de quinientos pisos de altura, llenos de luz y repletos de gente. Algunas de las cúpulas del Precinto, sobre todo el Hegemón, eran tan amplias que poseían su propio sistema meteorológico. Las nubes microclimáticas flotaban bajo cúpulas pintadas. Se decía que ver llover en el Hegemón era una señal de buena fortuna.

Por lo que él sabía, no había llovido en el Hegemón desde hacía tres años.

Los custodios estaban por todos lados y vigilaban los niveles interiores del Precinto. Tenían un aspecto majestuoso con su adornada armadura de color dorado. Las plumas de las crestas de sus cascos eran carmesíes, igual que chorros de sangre arterial que hubieran quedado congelados en mitad del aire. El símbolo del relámpago previo a la Unificación aparecía grabado en las armaduras. Se mantenían acechantes en las salas envueltas en penumbra y en los claustros llenos de sombras del palacio, con las lanzas guardianas apuntando hacia arriba, terroríficamente vigilantes.

Manténían una actitud impasible, silenciosa, y protegían sus secretos de un modo solemne, pero su sola presencia revelaba una verdad.

Estudió su despliegue. Dos de los custodios vigilaban el Circuito Meridional, que serpenteaba como una trenza plateada hacia el Hegemón. Otros dos se encontraban delante del Baluarte de Jade, y otros tres patrullaban debajo del entramado de hierro y malaquita de la Sala Conciliar. Un custodio aislado, casi invisible, se mantenía en posición bajo las hojas de color verde reluciente del oasis Qokang mientras contemplaba la caída rugiente del agua desde el lago de recreo hasta las turbinas en una sucesión de cascadas vaporosas. Otros cuatro recorrían las plataformas superiores de las Torres Taxonómicas.

Sin embargo, no se veía ningún custodio en el Circuito Septentrional, ni tampoco en la zona occidental del lago. Tampoco cerca de la Sala de Honores. Todo aquello era muy revelador. Actuaban igual que satélites visibles que indicaran la posición de un planeta invisible, como si fueran unos cuerpos astrales relucientes que orbitaran de un modo determinado debido a la fuerza gravitatoria de una estrella oculta. Al ver dónde se encontraban y dónde no, era capaz de calcular el lugar donde estaba su objetivo.

Le pareció que lo más probable era que estuviera en el Salón de Leng. Por las posiciones que ocupaban sus leales custodios, su presa debía hallarse en algún lugar del hemisferio occidental del Recinto, lo que significaba que en el Salón de Leng, en la Casa de Armas, en el Gran Observatorio o en los aposentos privados adyacentes a estas dos últimas estancias. Sin embargo, él sabía que el Salón de Leng era su lugar favorito. Cuando no se encontraba afanado en los trabajos secretos que desarrollaba en las criptas más profundas del palacio, su objetivo pasaba gran parte del tiempo en ese salón, donde medía los ángulos del espacio y del tiempo.

Se decía que el pasado y el futuro se entrecruzaban en aquel lugar, y que era así desde tiempos primordiales, antes de que el lugar se llamase Leng, antes de que naciera su presa, antes de que se alzara alguna clase de techo en el sitio o que lo vieran ojos humanos. El Salón de Leng, una estancia alargada y oscura, no era más que una de las anomalías del materium que había sido sometida, un hilo entresacado del tejido del tiempo, una costra en la piel del espacio.

Nunca se había sentido a gusto en aquel salón. Lo llenaba una oscuridad tangible, que parecía exhalar con suavidad, como la respiración de un dios durmiente, pero era un lugar adecuado, y le serviría.

Se dirigió hacia el Salón de Leng desde el suroeste siguiendo un camino de oslita que conformaba una avenida de sicómoros y de abedules plateados. Ya no iba disfrazado. Había dejado de ser un limpiador de alfombras o un prendedor de lámparas. Se acabó el campo de desplazamiento para ocultar su estatura. Había desdoblado la envoltura de falsedad, leve como una tela de araña, y se había envuelto con ella. La sintió tan suave y tan fría como los copos de nieve sobre la cabeza, los hombros y la espalda. La luz ya no le hizo caso, como si ya no mereciera la pena prestarle atención. Los rayos de luz se doblaban a su alrededor, se apartaban retorciéndose, esquivaban su silueta y, al hacerlo, lo privaban de toda sombra y color.

Recorrió la avenida de árboles tan inadvertido como un suspiro y cruzó los jardines que llevaban a la parte posterior del salón. Captó el olor a incienso votivo, y le llegaron al oído los crujidos y los suaves gemidos antinaturales que emitía la estancia.

Tenía el arma preparada. Era una daga de puño de Nei Monggol, pulida hasta conseguir un filo que ninguna amoladora de los ogros podría lograr jamás. Además, la hoja estaba cubierta con el veneno letal de nematodo que había destilado y refinado a partir de la resina de qash.

¿Sería aquello suficiente para matar a un semidiós? Eso creía. Sin duda, sería más que suficiente para acabar un juego de sangre.

No había cerraduras. Había memorizado todos los rayos de las alarmas cuánticas, y los sensores luminosos se negaron a captar la envoltura de falsedad. Aferró con fuerza la daga que empuñaba en la mano izquierda.

La luz del pórtico exterior tenía un aspecto opaco, como si estuviera manchada de color marrón debido al humo. Avanzó caminando sobre las baldosas negras, que estaban desgastadas por el paso de visitantes a lo largo de los siglos. En una piletta situada al lado de las puertas interiores se acumulaba agua de deshielo pura. Sobre el dintel se veía un bajorrelieve, un friso que mostraba las penalidades que sufrieron los primeros peregrinos que llegaron a Leng.

Las puertas interiores eran pesadas, y mucho más antiguas que el propio palacio. Eran paneles de madera de roble alpino de medio metro de espesor, hechas a mano y ya gastadas, y ninguna de las esquinas encajaba de un modo correcto. Corrió el pasador de hierro negro y empujó una de las puertas para abrirla. Lo recibió una vaharada de aire que olía a piedra fría.

El inmenso salón estaba casi a oscuras, como una noche iluminada tan sólo por las estrellas, y tan en silencio como la misma medianoche. De vez en cuando se oía un sonido que recorría el espacio oscuro, un sonido que podía ser tanto un soplo de viento del Himalazia como el romper de las olas en una costa lejana, pero que en realidad no era ninguna de aquellas dos posibilidades. Bajo el alto techo flotaban unas chispas pequeñas y anaranjadas que parecían luciérnagas, o fuegos fatuos.

Las observó mientras adaptaba la vista a la penumbra. Comenzó a captar las siluetas plateadas de los objetos que había en el salón: columnas, estatuas antiguas y las herramientas y artefactos pertenecientes a unos anticuarios de épocas previas y que no se habían retirado del lugar. Esos objetos destacaban como insectos metálicos monstruosos, con los brazos exploradores alzados igual que las patas de una mantis religiosa. Los atriles semejantes a élitros metálicos estaban cubiertos de símbolos extraños y arcanos donde se indicaban grados y direcciones. Todo estaba cubierto de polvo.

Se deslizó entre todos aquellos objetos. En algún punto por delante de él, cerca, se notaba una presencia. Estaba distraída, con la mente concentrada en otros asuntos. No se había percatado de su presencia. Ni siquiera lo había sentido.

Rodeó una columna y se pegó a ella. Sintió la frialdad de la piedra mientras centraba la mirada en su presa.

Su objetivo estaba de rodillas en mitad del amplio suelo despejado del salón, totalmente concentrado en la tarea de pasar las páginas de un códice gigantesco de tapas de cuero. Había abierto el códice de par en par sobre el suelo, como un águila con las alas extendidas. El lomo medía más de un metro y medio. Las manos que pasaban las páginas eran extraordinariamente hermosas. Eran las manos de un escultor, las manos de un artista.

Su presa estaba de espaldas a él. Llevaba puesta una túnica blanca con capucha. Eso resaltaría la sangre.

Un asesino normal avanzaría paso a paso de un modo sigiloso para aproximarse de un modo furtivo a su presa. Sin embargo, su presa era demasiado peligrosa como para que pudiera utilizar una técnica tan precavida. Estaba a distancia de ataque, y no le quedaba más opción que lanzarse a por él. Después de diez meses, tan sólo iba a tener una oportunidad.

Saltó hacia delante con el brazo en alto.

A mitad de camino, con la punta de la daga a apenas un instante de clavarse en el centro de la ancha espalda de su objetivo, una sombra saltó desde el otro lado para enfrentarse a él.

Una oscuridad fluida interceptó la hoja de su arma. La daga de puño salió desviada hacia un lado y el ataque perdió impulso. Se dio la vuelta.

Apenas logró ver a su oponente, ya que también utilizaba una envoltura de falsedad para burlar la luz. El atacante se lanzó contra él, una sombra contra otra sombra. Captó la silueta borrosa de la hoja larga de una espada.

Desvió un mandoble por encima de la mano y otro por debajo girando la daga de puño arriba y abajo. Cada impacto provocó el típico chasquido del metal contra el metal. Saltaron chispas. Retrocedió con rapidez sobre las baldosas negras mientras el espadachín enemigo lo atacaba sin cesar.

Las hojas de las armas chocaron de nuevo. La daga de puño no le proporcionaba alcance para un ataque. Su oponente tenía toda la ventaja. El chasquido metálico resonaba de un modo tremendo en el silencio suspirante de la estancia.

A pesar de la fuerza y del modo en que tenía agarrada la daga, la espada se la arrancó de la mano. El arma salió despedida y se clavó temblorosa en una columna de piedra cercana. Atacó entonces con las manos desnudas. Desvió a un lado con el dorso de la mano derecha la hoja de la espada, que volvía a alzarse en ese momento, y agarró la muñeca del brazo

con el que su oponente blandía el arma. De inmediato lanzó una patada de barrido por detrás de las piernas de su contrincante para hacerlo caer, pero éste saltó e intentó liberar su muñeca.

Lo atacó entonces con la mano izquierda y le propinó un golpe al espadachín con el canto de la mano en un lado de la cabeza. El golpe llevaba consigo la fuerza necesaria para hacer que su oponente se tambaleara. Retrocedió hasta estrellarse contra uno de los artefactos de investigación propios de un anticuario, desplazándolo de tal modo que sus patas metálicas chirriaron al deslizarse sobre el suelo. Una de ellas incluso se dobló.

El espadachín recuperó el equilibrio, pero al hacerlo descubrió que ya no lo era. Le habían arrebatado la espada de la mano.

El caucásico sopesó el arma que había capturado antes de girarla y golpear con la parte plana del arma el cráneo de su adversario, lo que lo derribó sobre el suelo.

Se dio media vuelta con la espada empuñada en una guardia baja y defensiva. Otros dos oponentes cubiertos con envolturas de falsedad surgieron como fantasmas de las sombras del salón para atacarlo.

Paró sus espadas al mismo tiempo y contraatacó con una serie de mandobles y estocadas relampagueantes. El chasquido seco del choque de las armas resonó con fuerza en la penumbra de la estancia. Saltaron chispas, breves y brillantes, como si las hojas de las tres espadas fuesen de pedernal.

Pilló a contrapié a uno de sus oponentes y lo derribó con un fuerte golpe propinado con el pomo de la espada. El otro espadachín le lanzó una estocada, pero logró desviarla con habilidad para que la hoja le pasara de un modo inofensivo por debajo del brazo izquierdo, y a su vez lo golpeó con el canto de la mano de ese costado en mitad de la cara, lo que le hizo caer de espaldas.

Echó a correr mientras los dos oponentes intentaban ponerse en pie de nuevo. El juego se había acabado. La huida era la única conclusión aceptable que le quedaba. Llegó hasta las puertas, las abrió de par en par y atravesó corriendo la espesa penumbra del pórtico hacia el jardín exterior.

Lo estaban esperando. Cinco custodios, con armadura completa y con los rostros atapados por sus visores con forma de halcón, formaban un semicírculo delante de la boca del pórtico. Le apuntaban directamente al pecho con las lanzas guardianas, aquellas armas doradas de gran tamaño mezcla de alabarda y arma de fuego.

—¡Ríndete! —le ordenó uno de ellos.

Alzó la espada robada una última vez.



No era el primer ocupante de la celda, ni sería el último. Las paredes, el suelo y el techo de piedra de la estancia estaban pintados de un color azul blanquecino, semejante a la superficie de un glaciar. A lo largo de los años, las uñas y otros instrumentos afilados de sus ocupantes habían arrancado la pintura y habían grabado hombres y águilas en la superficie, gigantes con armaduras y rayos relampagueantes, victorias antiguas y sombras alargadas. Eran dibujos simples y elementales, que le recordaron las pinturas de las cuevas donde se veían imágenes de cazadores y bisontes primigenios.

Añadió un dibujo.

Llevaba una noche y un día allí cuando se abrió la puerta de la celda con un estrépito retumbante y entró Constantin. El señor de los custodios llevaba puesta una sencilla túnica monástica de lana marrón sobre un traje monopieza negro. Apoyó su enorme espalda contra la pared de la celda, cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó mirando al prisionero, que se encontraba en su camastro.

—Lo sabía, Amon —le dijo finalmente—. Sabía que te acercarías más que ningún otro.

«Amon» era el comienzo de su nombre, la primera parte. La segunda parte era «Tauromachian», y ambas palabras juntas solían servir en la mayoría de las circunstancias en las que se escribía o se pronunciaba su nombre. Era Amon Tauromachian, custodio del primer círculo.

Si no sufrían una muerte violenta, los custodios solían tener unas vidas bastante largas y eran mucho más longevos que los humanos normales. A lo largo de esas vidas prolongadas acumulaban nombres cada vez más largos. Tauromachian no era un nombre de familia, pero al menos describía la ocupación de la rama sanguínea que había proporcionado su origen genético. Luego llegó «Xigaze», el lugar de su nacimiento orgánico, seguido de «Lepron», el hogar de sus estudios formativos, y a continuación, «Cairn Hedrossa», el sitio donde había recibido su primer entrenamiento en el combate con armas. «Pyrope», que ocupaba el lugar decimoséptimo en aquella secuencia de nomenclaturas, recordaba su primera experiencia de combate real, cuando lo desplegaron en aquella estación orbital. Y así, una y otra vez, cada nombre honraba un momento importante de su vida. Cada nombre se lo otorgaban de un modo formal los señores del primer círculo. «Leng» formaría parte de su nombre a partir de ese momento, el añadido más reciente, como reconocimiento de su logro en el juego de sangre.

El nombre completo de cada custodio quedaba grabado en el interior de la placa pectoral de su armadura dorada. La lista de nombres comenzaba en el cuello, en el lado derecho, donde sólo se veía el primer elemento, y luego se adentraba en el interior, enroscándose como una serpiente oculta y delgada por el interior de la coraza. Algunos custodios como Constantin, los veteranos más antiguos, habían acumulado tantos nombres que habían cubierto el interior del torso de la armadura y las colas de sus serpientes de nombres recorrían la zona ventral y se enroscaban como cinturones grabados alrededor de las decoraciones abdominales. El nombre de Constantin Valdor tenía mil novecientos treinta y dos elementos de longitud.

La armadura y las armas de custodio habían quedado guardadas en la Casa de Armas durante su ausencia. Le preguntó a Constantin sobre el desarrollo de los demás juegos de sangre cuando éste lo acompañó por el Circuito Meridional en su camino a recuperarlas.

—¿Qué hay de Zerín?

—Lo capturaron antes de que ni siquiera lograra entrar en los Territorios Imperiales. Activó un captador genético de olores en Irkutsk.

—¿Y Haedo?

—Lo detectaron los sensores en los desiertos papuanos hace cuatro meses. Llegó hasta Ciudad Cebú en un yate de recreo, pero ya había un equipo de detención esperándolo.

Amon asintió.

—¿Brokur?

Constantin sonrió.

—Logró entrar en el Hegemón disfrazado de un delegado panpacífico antes de que lo detectáramos. Un logro impresionante, y que no creí que nadie pudiera superar.

Amon se encogió de hombros. Los juegos de sangre formaban una parte esencial de la seguridad del palacio y eran un deber para los custodios. Para ellos, llevar a cabo y participar en los juegos de sangre apurando al máximo sus habilidades era una cuestión de honor. Se ofrecían voluntarios y utilizaban todo su ingenio y todos sus conocimientos sobre el interior del palacio, e incluso sobre la propia Terra, para analizar la capacidad de respuesta de la seguridad imperial y encontrar cualquier debilidad o grieta en las defensas de la propia Terra. Hacían de lobos para poner a prueba a los mastines. Había en todo momento media docena de custodios fuera de servicio pero actuando de un modo secreto y autónomo, dedicados a planear y a ejecutar procedimientos de infiltración en el Gran Palacio Imperial.

Más tarde se celebrarían reuniones informativas exhaustivas y entrevistas extensas para examinar las diferentes estrategias que había seguido Amon y cómo sería posible anularlas. Del juego de sangre tenían que extraer cada brizna de información útil, cada pequeña ventaja adquirida por el custodio. Se había infiltrado en el palacio. Se había adentrado más que nadie. Había llegado a estar a distancia de ataque.

—Me pregunto si lo habré ofendido con el ataque —le comentó a Constantin—. Alcé la mano contra él.

Constantin hizo un movimiento negativo con la cabeza. Era un individuo gigantesco, de mayor tamaño incluso que Amon. Parecía que una de las estatuas sobredimensionadas de la Sala de Honores había cobrado vida.

—Te perdona. Además, no hubieras llegado a hacerle daño.

—Detuvieron el golpe.

—Aunque no lo hubieran detenido, él mismo te lo habría parado.

—Sabía que estaba allí...

Constantin se rascó la barbilla.

—No ha querido decirme desde cuándo lo sabía. Quería ver cuánto tardaríamos los demás en detectarte.

Amon se detuvo un momento antes de hablar.

—Antes no le veía mucho sentido a los juegos de sangre. Los consideraba algo inútil.

—Eso era antes —le respondió Constantin a su vez—. Las cosas han cambiado mucho desde la última vez que estuviste entre nosotros.

Tanto él como Constantin se equiparon en la Casa de Armas. Amon sintió la vieja familiaridad de las secciones de armadura forjadas a mano, los cierres y los enganches magnéticos. El peso del conjunto le pareció una sensación reconfortante.

Los servidores y los esclavos de las salas inferiores de la Casa de las Armas estaban realizando el ritual de equipamiento de una escuadra de orgullosos astartes de los Puños Imperiales. Los ungían con óleos y susurraban mientras les colocaban las distintas piezas de la armadura. La escuadra se estaba preparando para un largo turno de patrulla en la zona sur de las murallas.

Todo aquel ritual, con el equipamiento y las bendiciones, era una costumbre astartes. Eran seres creados para la guerra, con unas mentes muy particulares. El ritual los ayudaba a concentrarse, aumentaba su motivación.

No eran en absoluto como los custodios. Se parecían como se parecen los primos, parientes lejanos de la misma familia, pero los astartes y los custodios eran muy diferentes. Éstos eran el producto de un proceso formativo y mucho más antiguo. Algunos decían que el proceso se había refinado y simplificado para crear en masa a los astartes. En general, los custodios eran más grandes y fornidos que los astartes, aunque esa diferencia era visible de un modo significativo en unos pocos casos específicos. Nadie había sido jamás tan estúpido como para predecir con certeza el resultado de un enfrentamiento entre un astartes y un custodio.

La mayor diferencia era mental. Aunque los custodios compartían un sentimiento fraternal entre todos los círculos de su orden, no era nada comparable a la relación de hermandad que formaba los cimientos de las legiones de los Adeptus Astartes. Los custodios se comportaban de un modo más solitario. Eran los centinelas, los vigilantes, destinados a permanecer siempre de pie, solos.

Los custodios no se rodeaban de servidores o de esclavos, de ayudantes y siervos. Se armaban sin ayuda alguna, de un modo pragmático, sin ceremonia alguna.

—Dorn está blindando el palacio para una guerra —dijo Amon, y era más una observación que una pregunta. Tan sólo un custodio del primer círculo hablaría de un primarca apeándolo del tratamiento.

—Se espera una guerra.

—Se espera ahora. Antes nadie se la esperaba, nunca, jamás entre nosotros mismos.

Constantin no respondió.

—¿Cómo es posible que hayamos llegado a esto? —insistió Amon.

—No se puede decir con seguridad —contestó por fin el señor de los custodios—. Conozco muy bien al señor de la guerra, no creo que haya sido una ambición o un orgullo desmedidos lo que han provocado esta infamia. Tampoco el resentimiento. Creo más bien que...

—¿Qué? —quiso saber Amon mientras acababa de apretar los cierres de las placas abdominales.

—Creo que Horus Lupercal ha quedado incapacitado —afirmó Constantin para acabar la frase—. Mentalmente o de ánimo. Algo ha desplazado su capacidad de pensamiento racional y ha eliminado los buenos consejos de aquellos que lo rodean.

—¿Sugieres que Horus Lupercal ha enloquecido?

—Quizá. Es posible que haya enloquecido, o que haya enfermado, o las dos cosas a la vez. Le ha ocurrido algo, algo que no se puede explicar

tal y como entendemos la galaxia ahora mismo. —Constantin miró a través de los grandes ventanales de la Casa de Armas y contempló con detenimiento la línea que formaban las murallas occidentales. Acababan de reforzarlas, y en esos momentos eran más gruesas debido a las placas de blindaje adicionales y estaban provistas de plataformas artilleras—. Debemos prepararnos para lo impensable. Pronto llegará la guerra desde el interior de nuestras propias filas. Se han establecido dos bandos, y todos han elegido uno.

—Haces que suene como algo inevitable.

—Es que lo es —le replicó Constantin—. El Emperador se ve amenazado, y nosotros somos sus protectores. Haremos frente a esa amenaza. No tenemos nada sobre lo que especular, ni siquiera sobre la locura que afecta a aquellas personas que antaño estimamos tanto.

Amon asintió.

—El palacio se está convirtiendo en una fortaleza. Estoy de acuerdo. Dorn está realizando un trabajo soberbio.

—Siempre ha tenido esa habilidad, lo mismo que sus astartes. Defensa y protección. Los Puños de Hierro sobresalen en esa tarea.

—Pero somos la última línea de defensa.

—Así es.

—Para esto hará falta algo más que murallas poderosas y armas potentes.

Recorrieron las estancias interiores del palacio con los cascos emplumados bajo el brazo. Salieron de la Casa de Armas y se dirigieron a una de las torres del Hegemón, donde los custodios tenían su sala de guardia. Los custodios se habían reunido para recibir a Amon a la entrada de la torre. Todos inclinaron la cabeza y golpearon las losas del suelo con el extremo inferior de las lanzas guardianas. El murmullo repiqueteante era tanto una bienvenida como una felicitación.

Haedo dio un paso adelante. Tenía el rostro cubierto por las sombras provocadas por su visor.

—Amon Tauromachian, me alegro de que hayas regresado —le dijo al mismo tiempo que le estrechaba la mano derecha.

—Has penetrado con mayor profundidad que cualquiera de nosotros —le dijo Emankon a modo de saludo.

Entraron en la torre por las estancias de techos altos y arqueados, donde las pinturas murales eran tan antiguas y estaban tan desgastadas

que más parecían los bosquejos a lápiz realizados por el artista que los había pintado. Los flujos de información procedentes de los enormes almacenes de datos situados en los subniveles del palacio palpitaban a lo largo de los conductos que corrían bajo sus pies. Una multitud de módulos cibernéticos flotaban bajo los altos techos abovedados. Algunos se movían en grupos, igual que bancos de peces, como si los arrastraran y los empujaran unas corrientes oceánicas.

La sala de guardia estaba bañada por completo por la luz violeta de los enormes emisores hololíticos que flotaban sobre el lugar. Los datos parpadeaban y pululaban a lo largo y ancho de la cúpula de luz difusa. Los programas de comparación y contraste en funcionamiento en las consolas de los cogitadores centrales emitían rayos dorados y rojizos en aquella penumbra violácea mientras se dedicaban a la tarea de unir elementos de información divergente en lazos de luz. Desde allí se monitorizaba el mar global de datos y la verificación biométrica unificada. La tarea la realizaba el montaje codificador de la sala de guardia. Los elementos aparentemente dispares se agrupaban y se trazaban las diferentes conexiones para seguir posibles rastros. Una célula anti-unidad de Baktria había quedado al descubierto tras su intento de acceder a un tratado restringido que se encontraba en una biblioteca del Delta Nilo. Varios terroristas de un grupo a favor de Panpacífico habían sido eliminados en Archangelus gracias a la pista que había proporcionado su intento de compra de armas en un villorrio de Nordáfrica. Cada día llegaban cientos de millones de pistas y millones de secretos, que eran analizados y examinados por el turno de guardia de los custodios. Luego se filtraban los resultados obtenidos con una precisión escrupulosa y extrema a través de los niveles cambiantes y fluidos de la esfera de información de Terra.

—¿Cuál es el asunto principal de la hora? —preguntó Constantin.

Cada sesenta minutos la sala de guardia destacaba como prioritarios una docena de los descubrimientos más importantes para que se les dedicara una atención especial.

—Lord Sichar —contestó uno de los custodios de guardia.

No había empuñado una lanza guardiana desde hacía diez meses. Se dirigió a las cámaras de prácticas situadas en los niveles inferiores de los subterráneos de la torre, y allí activó una docena de servidores con extremidades armadas para que se enfrentaran a él. La lanza giró y osciló en sus manos. Los músculos recordaron sin dificultad el entrenamiento y las

habilidades aprendidas. Cuando acabó el ejercicio y todos los servidores estaban ya en el suelo hechos pedazos a su alrededor, activó una segunda tanda para una nueva ronda de combate.

Pensó en la gran cantidad de tiempo que pasaban a lo largo de la vida con los ensayos. Los juegos de sangre, el entrenamiento... Todo aquello no era más que una pantomima que los formaba como preparación del conflicto real.

Amon se sintió disgustado consigo mismo al notar la leve sensación de euforia que lo inundaba. Se acercaba el comienzo de un conflicto real. No importaba lo infame o abyecto que resultara ser el origen del conflicto: los custodios pasarían por fin a un entrenamiento sin fin a cumplir de verdad la misión para la que habían sido creados. Disfrutar ante la perspectiva de una guerra inminente le parecía algo muy poco apropiado. Amon se sacó aquello de la cabeza y se concentró en la investigación sobre lord Sichar mientras se prestaba a comenzar la segunda ronda de combates.

—Ya estamos investigando el asunto —le había dicho Constantin.

—He estado fuera diez meses —le contestó Amon—. Estoy oxidado y algo aburrido, además de impaciente por resolver un rompecabezas de verdad. Te lo pido por favor.

Constantin asintió. La investigación sobre lord Sichar pasó a manos de Amon Tauromachian.

Lord Pherom Sichar era una persona que siempre había interesado a los custodios. Era señor hereditario de Hy Brasil, el cantón más poderoso de Sud Merican, y uno de los más notorios críticos de la política imperial. Sus relaciones dinásticas con la Navis Nobilite, tanto por ascendencia directa como por matrimonio, le habían permitido mantener un considerable imperio comercial en Terra. Sichar era uno de los cincuenta señores feudales más poderosos de las colonias. Tan sólo las maniobras políticas más sutiles por parte de Malcador el Sigilita habían impedido que Sichar consiguiese un puesto en el Consejo de Terra. Lo más preocupante era que Sichar era descendiente directo de Dalmoth Kyn, uno de los últimos tiranos que se resistió a las fuerzas del Emperador en los últimos días de las Guerras de Unificación. La impresión general era que el Emperador permitiría que Sichar gobernase Hy Brasil, y sus invectivas y críticas en el Hegemón, porque quería curar las heridas provocadas por las Guerras de Unificación y animar un asentamiento étnico general. Sichar era un individuo poderoso y un estadista coherente y sincero. Amon opinaba que a menudo expresaba ideas bastante sensatas, y su política era pragmática y fiable.